

Noche citadina

Nunca olvidaré esa noche en la ciudad de cali, hermosa cali. Estaba en Bogotá, terminando de empacar mis cosas, para al fin volver a mi bella Cali. Había venido a estudiar diseño gráfico y por fin, habían llegado las vacaciones de verano. “Que aburrida es la capital.” Me fui con ese solo pensamiento. Cuando llegué me quedé donde mis tías, en el barrio obrero. Definitivamente el mejor barrio de Cali. A mis tías ninguna se casó, ni tuvo hijos, pero yo cumplía con ese papel. nunca las ví triste o arrepentidas de ser solteras hasta la vejez. No es que no hubieran tenido amoríos, novios o uno que otro amigo que les haya hecho el “favorcito.” Nunca pregunté el ¿Por qué? De esa decisión. Las amo tal cual, yo era su hijo, eso bastaba. Tuve que llegar por mi cuenta. Después de horas de viaje en bus, apretados como una lata de sardinas, aguantando malos olores. A alguien le pareció buena idea quitarse los zapatos, soltando tal vez, y, a mi criterio, el peor olor del mundo. Tres personas se desmayaron, otras se vomitaron, yo incluído, que obligó a parar el bus.

El de la pecueca, se me baja - dijo el chófer, que se contenía de vomitar.

Pero, qué fiestón la que me esperaba en casa de mis tías. Lucia o Lulú, como la conocían en el barrio, por su parecido, y si, a pesar de tener 54 años y ser mulata, siempre mantuvo ese aire de la pequeña Lulú; personaje de una historieta estadounidense. rumbera de pura cepa, mujer de la vida alegre, que se entrega a sus placeres mundanos. Y, lo que es para mí la protagonista de esta noche, como en todas las noches de rumbas, que la involucran a ella. Me enseñó a bailar de todo. Apreciar lo que es la buena música, se quejaba de lo mal que se habían vuelto las canciones de todo género.

- nada es como antes, - decía - todo va para peor. A mis 23 era todo un fiestero empedernido; quién ponía el trago. No, yo lo gastaba si la noche lo ameritaba. Recibía dinero de Lulú, así que no era problema para mí el gastar una noche de juerga. Eso sí, sin drogas, no me gustaban, mis vicios eran otros y aquí se sorprenderá el lector, por dos razones:

Mi fealdad, soy demasiado feo y tímido como para tener una conversación larga con una mujer. Ni los consejos de Lulú me ayudaron, nada.

Las putas.

Una noche, en la que cumplía mis 20 años, salí con Lulú a dar una vuelta.

Acompáñame sobrino, - dijo - hoy te harás hombre.

Mi tía Martica, quien hablaré de ella en su momento, no paraba de reír, sabiendo yo que Lulú le había contado de mi virginidad, y el no presentar ni tan siquiera una amiga, nada.

Nos salió marica el muchacho. - decía Martica, con cara de lamento.

Pero no, no era porque me gustarán los hombres ni mucho menos, era mi rostro que parecía a “nosferatu.” Usted sabrá, lector, si gusta de películas clásicas, a qué me refiero. Soy vampiro, monstruo de la noche. De hecho ese era mi apodo, entre mis amigos: “nosferatu, el salsero.” Salimos en carro, me dijo que saliera bien presentable. Lo único presentable sería mi ropa, de marca por cierto. Llegamos a la calle 20, un bar para ser más específico. Había chicas muy hermosas, me sentía apenado, no sabía qué hacer ni qué decir. Mi tía me dió un empujón. ¿Qué pasó? - dijo con ademán de molestia - pregúntale, ¿cuánto vale? A estás mujeres no les va importar como te veas sino cuánto tienes... No me salgas marica, yo voy a comprar una botella. Empezamos a beber. La idea, supongo, de que servir una copa cada 5 minutos, cada que sonaba una canción, era para que yo me llenará de valentía y me atreviera a tené sexo por primera vez en mi vida. En una de las idas al baño de Lulú, se me acerca una muchacha, rozando las yemas de sus dedos en mi brazo, iniciando desde la mano, subiendo, usando sus dedos como si fueran dos piernas que siguen un camino. Llegaron a su destino, mi cara, la acariciaba con movimientos circulares. Estaba apenado, excitado por el toque de una mujer.

¿Te vas a comer esa vieja? - dijo, a su vez, que se sentaba a mi lado.

Es mi tía - respondí con pena.

Note que ante mi respuesta, un ademán se dibujaba en su rostro; si expresión decía: “¿Quien viene a buscar putas con su tía?”

¿Putas, cuánto cobras? - pregunté para ver si cambia esa expresión que me hacía sentir mal. - ¿Eres barata?

Su expresión cambió a molestia.

Putas, si... barata, tú madre. - Dijo con una leve sonrisa.

No podía dejar de mirarla. Tampoco me molestó el comentario sobre mi mamá, ella había muerto en un accidente hace mucho y me afectaba muy poco. Las palabras solo duelen cuando quien las dice es importante para ti, del resto importaba mierda. me tenía cautivado. Volvió a soltar otra risita, tomó mi mano.

Apostaría todo lo de esta noche, ¿Sos virgen? - dijo riendo - te voy a dar el descuento por feo y de paso te aviso.

Yo solo me deje guiar hacía la barra, al parecer, ahí se cancelaba el servicio, y si, en efecto cancelé cincuenta y cinco mil pesos. Mi tía nomás veía cómo me iba con aquella chica de la noche, feliz, supongo a ver qué no era un hombre raro, solo incomprendido, feo para ser exacto. Llegamos a una pieza, abrió, encendió la luz y pude verla; el establecimiento era muy bonito, pero oscuro, no la veía bien y su voz era opacada por el alto volumen de la música. Pero aquí de frente de mí con la luz de esa pequeña pieza me mostraba una diosa de cabellos de oro. Cuando se acercó a mí para decir: “desvestite.” que hermosa voz y que ojos tan hermosos. Castaños, ojos color castaños, redondos y grandes, brillando como si tuvieran estrellas, en vez de pupilas. Labios rosados. Y el lector no sabrá cómo es su cuerpo, al menos que venga a darse una vuelta por estos lugares, buscando a una mujer de cabello de oros, ojos castaños y labios rosados. Ni sabrá del acto consumado. Dos, tres veces pagué por ella esa misma noche. Al otro día volví y al siguiente, después de un mes decidí probar otra puta. Ya en 5 meses era uno de los más

conocidos sobre la calle 20. “Ahí va el que mantiene de puta en puta” murmuraba una que otra persona, pero poco me importaba, ese era mi vicio, lo que me hacía sentir bien. Me había ganado un apodo entre las putas del lugar: “conde verga-cula.” Supongo que es porque soy feo y rendidor. Mis putas no mienten ni actúan, ellas gozan conmigo y por eso las amo. Tuve que dejarlas cuando me decidí a estudiar. Siempre fui buen estudiante, no el mejor pero si uno de los buenos. Martica, ex profesora, se alegró al escuchar que iría a estudiar pero esa alegría se fue cuando supo, que la carrera que elegí fue diseño gráfico.

Carrera de marihuaneros - decía.

Era muy estricta pero, no le quitaba lo divertido y el buen sentido del humor. Hablaba mucho sobre la importancia del estudio y del saber. Recuerdo que me decía que no siempre fue tan “sería,” por así decirlo. Le gustaba ir a Juanchito. En los 80 's, ella y Lulú, gozaban de los bailaderos en discotecas y fiestas callejeras, dónde reinaba la salsa. Del abuelo pachanguero, hasta cañandonga, de ahí para el séptimo cielo. Se bailaban y cantaban cada canción de cualquier intérprete que salía a cantar en la Fania All Star. Pero dejó de ir a juanchito cuando se decía que una muchacha había bailado con el mismísimo diablo, relato popular entre los caleños, entre la década de los 90 's. Otra experiencia que hizo, que nuevamente, en sus palabras: “volverse una mujer sería.” y, recuerdo vagamente lo ocurrido esa noche, pues era yo un niño, pero no me falla la memoria y entiendo su cambio no tan radical, esperado y tardío, diría yo. Fue cuando en una de esas fiesta de vecinos en el barrio obrero. Barrio que Martica, culpaba de que su hermana no cambiará y poco importaba ya. Habían vivido casi toda su vida ahí, no podía ir a otro lugar y dejar sus amistades que se formó con los años, los amigos que van y vienen con el tiempo, como el triste caso de don Raúl y su familia, la nostalgia que sentirías aún en los momentos más felices. Ninguna de las dos se iría jamás y morirían recordadas en el vecindario, Martica, por cuidar a los niños que iba creciendo en el barrio y a Lulú, por nunca decir no a una buena rumba. Tan vieja y con esas pendejadas de quinceañera. - decía o más bien lo gritaba. - es este barrio “maldito.”

Cállate, pajarraco - respondía Lulú, y ambas se echaban a reír.

Aunque se expresará de esa manera ella no podía negar la importancia cultural que tuvo este barrio en el siglo XX. Dónde nació el gusto por la música antillana, la salsa, dónde bailar era más importante que caminar. Cuando en 1915 , la ciudad de cali, por medio del ferrocarril que nos unía con el puerto de Buenaventura. La mano de obra obrera que trabajaba con la mercancía que llegaba en los vagones del tren, se instalaron cerca de las fábricas construyendo casas de bahareque y así el veinte de junio de 1919 se convirtió en un barrio.

Esa noche en casa de la vecina doña María, sus fiestas eran imperdibles, todos en la cuadra asistían, claro para ese entonces yo era muy niño y a pesar de mi fealdad jugaba con los niños al monstruo y los héroes. Ya adivinará usted, quien era siempre el monstruo, poco importaba me divertía. El truco está en hacer oídos sordos. Se imagina lector yo, feo y acomplexado, me hubiera suicidado hace rato, pero no, aquí estoy y gracias a mi indiferencia puede vivir hasta conocer el mejor de los placeres, mi vicio de cuca.

Mientras los niños jugaban y los adultos bailaban. Raul, el vecino “bueno.” Era quien ayudaba a las señoras a cruzar la calle, a llevar el mercado, si necesitas plata, él te presta sin intereses. - Un amor de hombre, - decían mis tías - ojalá todos fueran así, yo si me hubiera casado.

Pero esa imagen de buena persona se derrumbaría cuando a mediados de la media noche aparece una mujer, alegando estar embarazada de don Raúl, no pasaron ni dos minutos, cuando todos posaron sus miradas y atención en lo que ocurría, como su esposa, doña Teresa, lloraba y decía que no podía creer algo así, no de don Raúl, padre ejemplar de tres niños, ahora al parecer de cuatro o, bueno depende si es niño o niña. Que importa. El hecho es que al rato llegó en un carro, no recuerdo qué modelo o como era. Un niño no se fija en eso. Se bajó un hombre medio musculoso, con el ceño fruncido, muy al estilo de los protagonistas de películas de acción estadounidenses. Camino hacia don Raúl, dándole un derechazo, como si fuera un boxeador, que lo tumba al piso, se puso las manos en la cara, tapándose no sé si por vergüenza o porque estaba sangrando, tal vez sean ambas. Las dos mujeres gritaban por su hombre caído.

¡Antonio! - grito, quien supongo yo era el esposo de la señora. - ¡Ya basta!

¡Tengo pruebas! - respondió gritando - ¡Tengo fotos, de que te vas a moteles con este man!

Todos hacían ademán de sorpresa, un acontecimiento nunca antes visto, al menos para mí si era así. La sorpresa en los adultos era más por la persona, quien cometía la infidelidad, que por la infidelidad en sí, pero tampoco se negaba que algo así pudiera pasar. La carne es débil después de todo y las tentaciones abundan. Dígame a mí, que no me resisto ver una mujer parada en una esquina.

¿¡Dónde están las fotos!? - gritó un vecino, escéptico, ante esta injusticia sin pruebas.

Antonio, metió su mano al bolsillo de su chaqueta, sacó unas fotos que tiró al piso, ante el público atónito de ver 20 fotos de Raúl y la señora aquí presente. Ropas diferente en cada foto, un motel diferente, en algunos se repetía pero era claro que se mantenían en esas. Aún así nadie iba a permitir que golpearan al pobre hombre que lloraba, tirado en el piso, dando vueltas sobre sí mismo como una cucaracha que le han pisado la cabeza pero, tú, ves cómo se mueven y piensan que en cualquier momento se arrastrará escapando. Ese era el ‘buen’ Raúl, una cucaracha. La vaina no terminaba ahí, todo se volvió complicado cuando Antonio, fue a su carro, abrió la puerta del conductor, y, he aquí, lo que mi tía Martica, jura y perjura ver en ese momento.

¡Un arma! - grita, Martica.

En cuestión de segundos, todos gritaban y corrían, cogiendo en brazos a los niños que estaban alrededor, sin importar si eran sus hijos o no. Algunos se tiraron en la acera cubriendo sus cabezas. Antonio por alguna razón se asustó, se montó en el carro y salió a toda velocidad. Después del tremendo susto de una supuesta arma que nadie vio, solo mi tía. Las fiesta había terminado en ese momento, todos fueron a sus casas, sin imaginar lo que pasaría la mañana siguiente.

“Un hombre de 61 años de edad, se suicida, no sin antes matar a su esposa, propinándole 125 puñaladas.”

Ese fue el titular del periódico. Todos estamos conmocionados. Una cosa fuera que sea infiel pero ¿un sucio y vil asesino?. Nadie lo creía. Ni un ruido se escuchó en la noche, nada. ¿Cómo era posible?

Ocurrió según la policía a las 4 de la mañana, después de oír por un rato, el alegato de casados. Esto y lo otro, y tú me hiciste... bla bla bla... se oyó un silencio, que supongo todos interpretaron como el fin de la discusión. Lo que pasó en ese momento, fue que Raúl, fue hacia la cocina y mientras su esposa discutía en la sala, tomó un cuchillo, el más grande que tenía. Camino alrededor de ella, y la apuñaló una y otra vez sin parar por la espalda. En total, 125 puñaladas. Luego él, tomó el cuchillo, abrió las venas, se sentó al lado de su esposa y murió desangrado. La tragedia de la familia no terminó ahí. Su hijo de 26 años murió de sobredosis en un cuarto de Bogotá, se decía que se había aislado cuando su mujer lo abandonó por alcohólico y los otros dos murieron juntos, el mismo día, de hecho uno mató al otro, claro, por accidente. Iban en carro que se habían robado y pasando sobre la carrera primera norte, el menor de ellos de 19 años, sostenía su arma en mano, por si acaso, por si algo malo llegará a pasar. La desgracia se presentó cuando el joven de 22 años, manejando paso por un hueco, provocando que el arma del copiloto se disparara, matando al instante al conductor. El carro dió como cinco vueltas por la carretera y terminó en un andén con las llantas arriba. Dos cuerpos muertos, uno por una bala en la cabeza y otro por el choque ocasionado.

Todo esos sucesos llevaron a mi tía a preocuparse más por mí, que no andaré en malos pasos y así fue.

A dos días faltantes para irme a Bogotá, a iniciar mis estudios, recibí un maravilloso regalo de mis putitas, que durante un año me hicieron feliz. En Bogotá, también iba a mis clubes, puteros conocidos pero nada como las que deje atrás, sobre todo mi mujer de cabellos de oro. Y sí, decía mi mujer, aunque otros se les meta la verga, ella era mía y no solo ella, estaban Laura, Vanessa, Stefany, Luisa, Kelly, Mariana, Karol, Sofía... y la lista es larga. Todas estuvieron esa noche para mí despedida. Una orgía, en dónde yo y solo yo, iba hacer el protagonista. Todo el bar se cerró esa noche, solo había un lugar VIP que era para mí. Una alfombra roja por donde pase caminando desnudo y todas mis putas tocándome, manoseando cada parte de mi cuerpo. Me sentía liberado, libre de todo, de mi fealdad, los amigos que solo se acercaban por qué gastaba las noches de juergas, sus drogas, lo que quisieran, me liberaba de mis tías, la presión de saber que el amor que recibía de ellas era porque no tuvieron a quien más amar. Yo las amo y con eso me basta. Solo ahí era querido y esa noche lo supe, siempre lo supe, desde el momento que mi chica de oro se acercó y me habló, despejando mi timidez, al menos con ella y con las demás mujeres de vida alegre. No todo el tiempo las llamo putas. Con las mujeres normales, de esas que hay que estar pendiente si desayuno, almorzó y cenó. Preguntas como: ¿Qué haces? Y ¿Dónde estás? Ese no era mi problema, yo sabía el que hacían y en dónde estaban, solo tenía que tener plata y ya, sin preguntas ni esperando una explicación, solo dinero, follar y sentirse liberado, eso es todo. Necesité dos noches seguidas para complacer a mis mujeres, y lo hice y muy bien, tanto así que no me querían dejar ir. Una me amarró y amenazó con tenerme secuestrado. La idea era tentadora pero debía irme y al final ella lo entendió y me desamarró. Y me disculpará el lector

porque ya debo terminar está narración. He vuelto a Cali y hay unas mujeres que esperan verme. Ya me imagino cómo será la dulce bienvenida.